

A PROPÓSITO DE NUESTRA VIDA EN TIEMPOS DEL COVID-19

La situación es la que es.

Podemos darle muchas vueltas, buscar culpables, pensar soluciones distintas a las que se han tomado, criticar actitudes... pero lo fundamental es ver cómo es nuestra propia respuesta: serenidad, angustia, aceptación y cumplimiento de las medidas, violencia verbal (explícita o en forma de ironías...) contra los que están buscando medios para afrontar la crisis, huida de la soledad y el silencio al que nos somete la situación y sobreexcitación en las redes, aprovechamiento para ahondar en nuestra vida, en nuestro ser...

Lo difícil para la mayoría, que somos los que no tenemos el virus (al menos por el momento), es soportar la incertidumbre, afrontar el miedo, soportar el confinamiento y las tensiones que produce entre los que vivimos juntos o el silencio si vivimos solos, con la llegada desde nuestro interior de los miedos que intentamos dominar habitualmente corriendo de aquí para allá, en un activismo desmedido. Lo difícil es crear un pequeño horario que organice las actividades del día para no dejarse llevar por el tiempo con su aburrimiento; crear un horario para aprovechar la circunstancia y crecer hacia dentro, y no dejarse llevar por internet o por el *wasaps* y su cháchara continua. Está bien hacernos llegar el afecto... pero estamos en una vorágine de mensajes que van más allá de esto. No se trata tampoco ahora de generar y consumir productos religiosos a troche y moche... se trata de aprovechar alguno con serenidad y paciencia, o de saborear alguno de ellos si habitualmente no lo hacemos.

Lo difícil para los otros, los afectados por el virus directa o indirectamente (familiares, personal sanitario,...), es gestionar la sobreexposición, la sobrecarga de trabajo, la tensión, el dolor, el miedo, la pérdida de los suyos sin los ritos normales de despedida.

Necesitamos buscar un espacio interior que nos permita recogernos, descansar y renovarnos para volver a esta vorágine de movimientos, sensaciones, temores, contradicciones, impotencia, soledad. Necesitamos comprender que “no estamos huecos por dentro” (santa Teresa de Jesús), y que si a veces lo de fuera se quiebra estamos sostenidos por una Presencia de vida interior que no nos abandona (como decía Paolo Vallesi cuando cantaba La fuerza de la vida). Necesitamos comprender que esta es una oportunidad para conocernos, para reconocernos y para dar de sí al contacto con el misterio que sostiene esta vida tan frágil que es la nuestra.

Por eso no se trata solo, ni fundamentalmente (aunque haya que hacerlo), de hacer cosas para llenar el tiempo, de estar de continuo con el móvil en la mano o delante del ordenador o qué sé yo... para llenar ese vacío que tanto nos asusta, sino de venir a no hacer, a sentir, a buscar, a hacer silencio mientras hacemos lo que tenemos que hacer. A estar en lo que estamos reconociendo que la vida se nos da en ello.

Y, en fin, se trata de dedicar un rato al día para ponernos y reconocernos en manos del Señor, para pedir fe y confianza, para dejarnos enseñar por su evangelio (que es Jesús mismo al que podemos ir leyendo poco a poco con tranquilidad, olvidando “el tiempo y su velocidad”, frenando “el ritmo, ir muy lento, más lento” –decía Julieta Venegas), para interceder por los demás pidiendo a Dios que les ayude y nos ayude a nosotros para verlos como él los ve.

Se trata de una oportunidad para crecer incluso si mermamos en calidad y forma de vida. Si conseguimos encontrar y adentrarnos todos un poquito más en este centro, quizá todo lo demás, todo, sea más fácil, el presente de distanciamiento y el futuro común.